

A dramatic religious illustration. In the foreground, Jesus, with a beard and long hair, wearing a brown robe, looks upwards with a pained expression. An elderly man with a long white beard and a hooded cloak stands behind him, his hands resting on Jesus' shoulders in a gesture of support or blessing. The background is a dark, stormy landscape with lightning bolts striking the ground. In the distance, a cross is visible on a hill, and another figure stands on a rocky outcrop. The overall mood is one of suffering and divine presence.

PLAN GENERAL DE FORMACIÓN (PGF) 2023

Catequesis

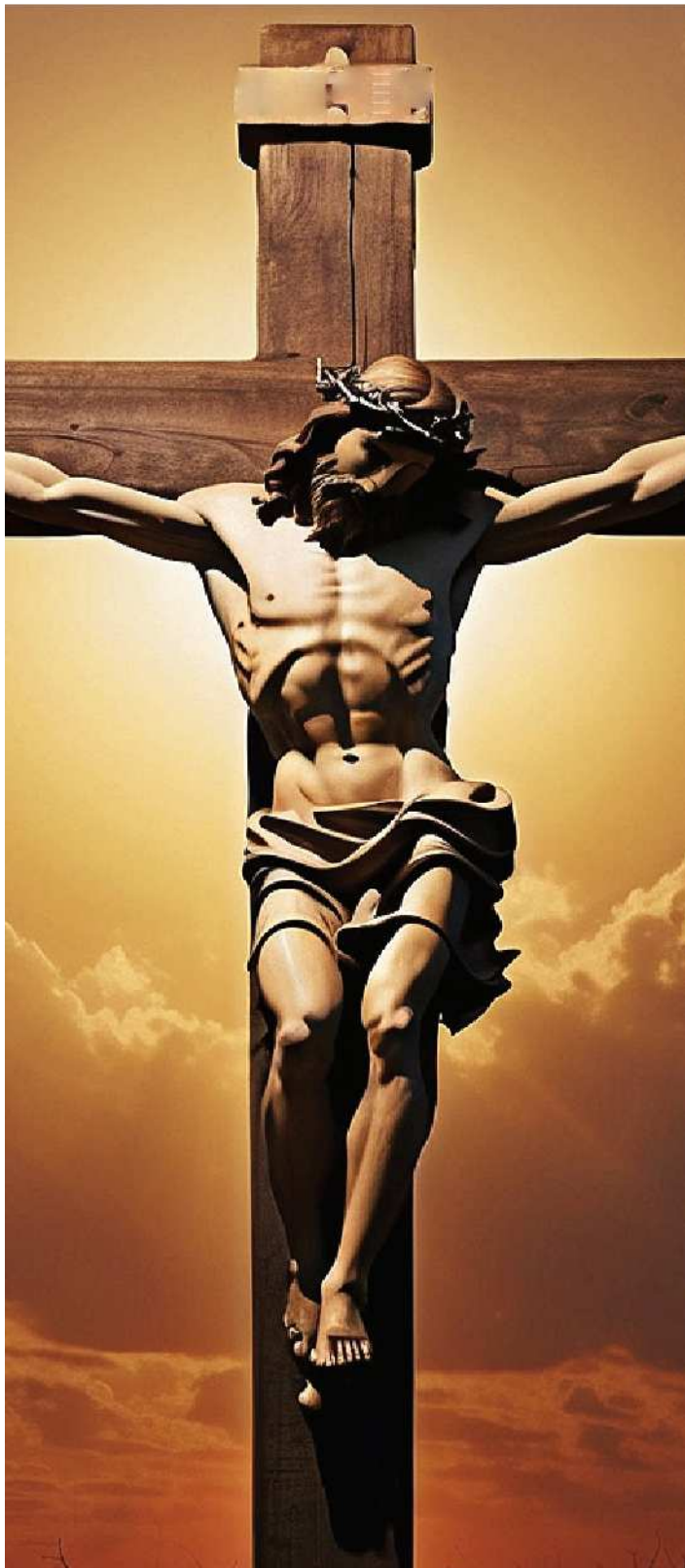
2

2

YO, PEDRO Y LA CRUZ

Formarse para la Pasión de Cristo, desde la Pasión de Cristo

P. Nuno Filipe Ventura Martins, cp



Introducción

La vida de Jesús fue un camino de formación permanente en el que aprendió a asumir su Misterio Pascual de Pasión, Muerte y Resurrección. En este camino, Jesús fue, a la vez, formando y formador. Fue formando, porque como nos recuerda la carta a los hebreos: “... durante su vida mortal dirigió peticiones y súplicas, con clamores y lágrimas, al que podía librarlo de la muerte, y por esa cautela fue escuchado. Y aunque era Hijo de Dios, aprendió sufriendo lo que es obedecer, así alcanzó la perfección y llegó a ser para cuantos le obedecen causa de salvación eterna. Y Dios lo proclamó Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Heb 5, 7-10).

Pero también fue formador, ya que educó a sus discípulos para que asumieran el escándalo de su Pasión y Muerte, que culminaría en la Resurrección, como podemos constatar en la sección del viaje de Jesús a Jerusalén (Lc 9,51-19, 28) que incluye los anuncios de la Pasión y concluye con el Misterio Pascual de Jesús.

En esta segunda catequesis sobre el Programa General de Formación Pasionista (2023), nos encontramos delante del Acontecimiento de la Pasión de Jesús de Nazaret, fuente, principio y criterio del carisma pasionista en la Iglesia y del proceso de formación para vivirlo; queremos seguir y repasar el itinerario formativo del apóstol Pedro. Es un camino arduo de formación continua, donde la franqueza, la paciencia y la misericordia de Jesús son la verdadera pedagogía.

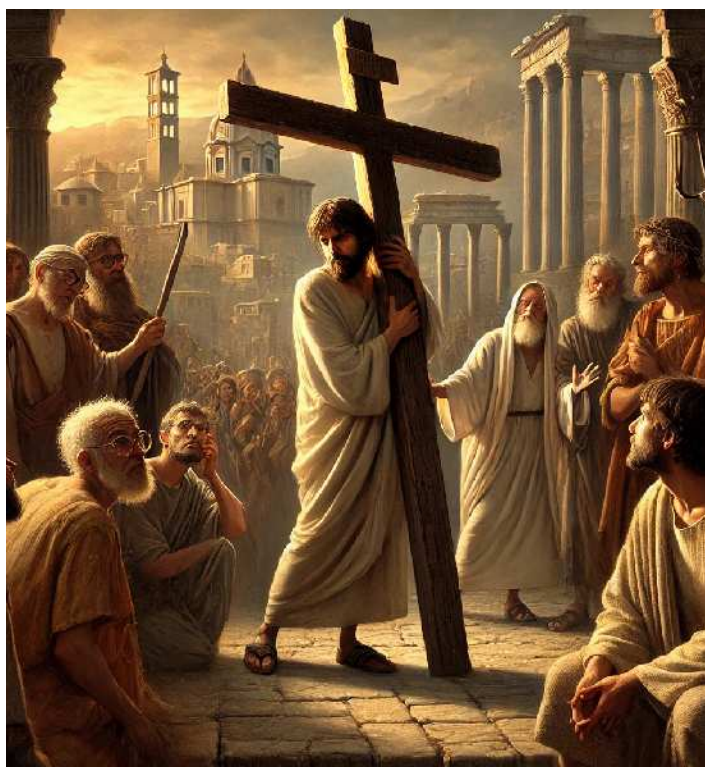
Por tanto, el itinerario de esta catequesis, acompañando el camino formativo de Pedro, guiado por Jesús, abarca cinco momentos: la resistencia de Pedro a la Cruz de Cristo; la

autosuficiencia de Pedro y la nuestra; el orgullo de Pedro y el nuestro; el drama de Pedro y el nuestro: soy un pecador salvado por Jesús; para ser verdadero, ¡un amor no tiene por qué ser perfecto! Al final de cada apartado dejaré alguna pregunta para la reflexión y meditación personal.

Resistencia a la Cruz de Cristo

No es fácil, nunca ha sido fácil aceptar la Cruz de Cristo. Desde los inicios del cristianismo, la Cruz de Cristo ha aparecido como piedra de tropiezo, tanto para los discípulos como para la cultura secular. ¿Cómo puede la salvación pasar por una muerte ignominiosa en una cruz? ¿Cómo puede el Salvador morir como un hombre maldito? Sin embargo, “...el lenguaje de la cruz es ciertamente locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios” (1 Cor 1, 18).

Por eso es urgente afrontar una vez más el escándalo de la cruz de Cristo, porque “creer en la Pascua no es verdadera fe: “¡pareces demasiado hermoso en Pascua! La verdadera fe es el Viernes Santo” (David María Turol). En verdad, “si queremos saber quién es Dios, debemos arrodillarnos a los pies de la cruz” (J. Moltmann).



Enfrentaremos el escándalo de la Cruz de Cristo, buscando su verdadero significado, guiados por el apóstol Pedro. “En efecto, en Pedro leemos nuestra reacción ante la cruz” (Carlo Maria Martini). Sus dificultades para aceptar y comprender la cruz de Jesús son también las nuestras. Su autosuficiencia y orgullo también residen en nosotros. Espero que, como él, al final, también nosotros aceptemos la mirada misericordiosa del Crucificado, nos convirtamos a la cruz y, a través de la cruz, le declaremos con sinceridad, realismo y generosidad nuestro amor débil, pero verdadero.

- ¿Cuáles son tus dificultades para comprender y aceptar la Cruz?

La autosuficiencia de Pedro y la nuestra

Poco después del primer anuncio de la Pasión de Jesús, descubrimos la resistencia de Pedro a la cruz de Cristo y sus esfuerzos por impedir que el camino de Jesús pasara por la cruz (cf. Mc 8, 31-33). Pedro es incapaz de aceptar que Dios lo ame gratuitamente y haga algo por él. Piensa más en lo que él mismo puede hacer por Dios que en lo que Dios hace por Él. “Pedro es generosísimo, quiere ser él, el que va a morir [...]. Nunca llegó a aceptar que Jesús es más generoso que él, que está a su servicio, y que él tiene que dejarse guiar. Pedro siempre interpretó todo desde una perspectiva de autosuficiencia”.

“¿Cómo puede la salvación pasar por una muerte ignominiosa en una cruz?”

En este tipo de comportamiento tenemos “la inversión total del Evangelio. No es Jesús quien nos salva, sino nosotros quienes lo salvamos a él y a la Iglesia. Ya no es el evangelio de la iniciativa divina, es el evangelio de nuestra valentía y de nuestra acción a favor de Dios” (Carlo María Martini).

Incluso hoy esta tentación/dificultad caracteriza la vida de muchos discípulos. Hay tantas personas que tienen dificultades para comprender que es tan divino amar, como dejarse amar. Verdaderamente, “si la fuente del amor reside en el Padre, la receptividad del amor reside en el Hijo” (Bruno Forte).

- ¿Te resulta mas fácil amar que ser amado?
- ¿Será que sólo puede amar de verdad quien es, o se siente, amado?

Un orgullo que lo lleva a considerarse mejor que los demás y a bajar la guardia en la defensa de las tentaciones.

Esta es también una de las características muy evidentes en tantos discípulos hoy. “¡No tengo pecados de ese tipo!”, “¡Soy mejor que los demás!” Es la ilusión de los soberbios que hacen mentiroso a Dios y se autoexcluyen de la salvación traída por Cristo (1 Juan 1, 8-10). Cristo no ofreció su vida en la cruz, porque somos buenos, santos y justos. Al contrario, ofreció su vida en la cruz, porque somos pecadores y necesitamos su gracia (Romanos 5, 6-8).

- ¿Tengo una imagen verdadera de mis cualidades y debilidades o prefiero esconderme tras la máscara del orgullo?



El orgullo de Pedro y el nuestro

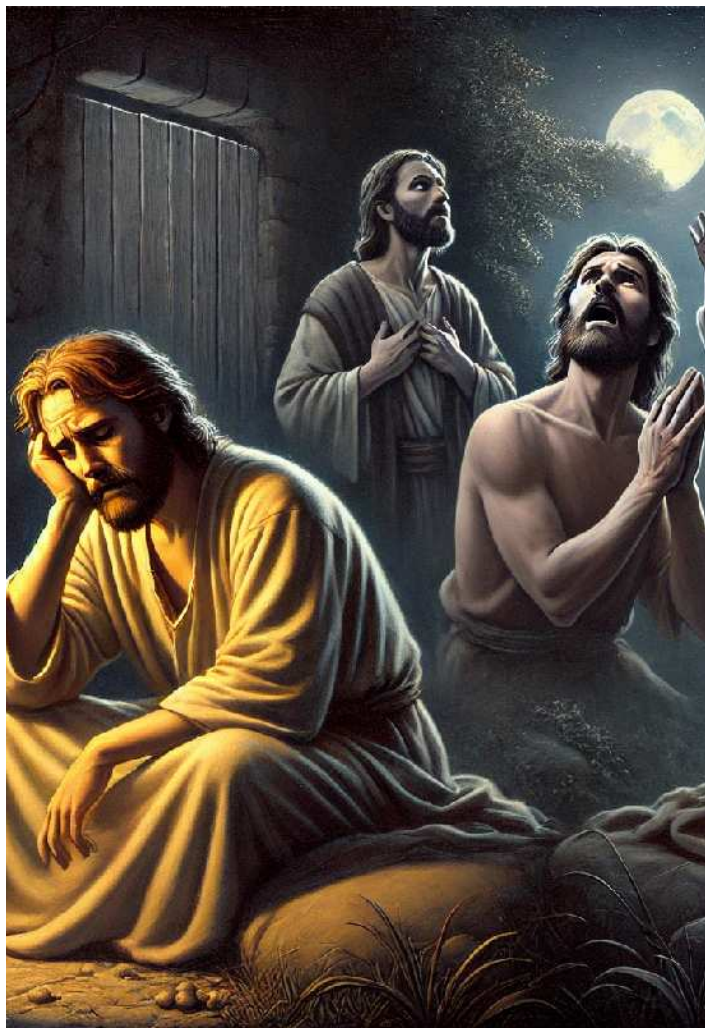
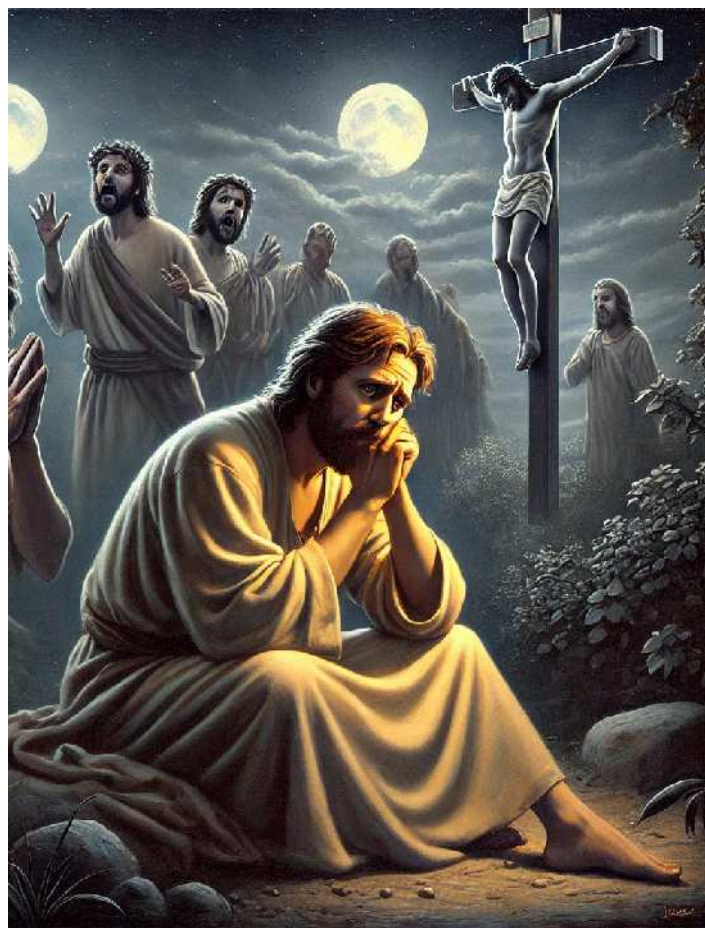
También el orgullo fue un obstáculo para que Pedro aceptara la Cruz del Señor. En la última cena, y ante la advertencia de Jesús sobre la posibilidad de una traición (cf. Mc 14, 17-21), Pedro no admite que su amor puede ser frágil y que él puede traicionarlo. “Pedro, en lugar de tomar conciencia de su pobreza y de su fragilidad, encuentra en la advertencia de Jesús un motivo de autosuficiencia y presunción” (Carlo Maria Martini). Tiene una imagen de sí mismo deformada por el orgullo.

El drama de Pedro y el nuestro: ¡Soy un pecador salvado por Jesús!

Autosuficiente y orgulloso, generosísimo e impecable, así llega Pedro a la noche de la Pasión donde se revelará la verdad que este Apóstol no quiso aceptar: ¡Soy un pecador salvado por Jesús! Hay dos acontecimientos que, en la noche de la Pasión, llevan a Pedro a descubrir su verdad: su sueño en el huerto de los olivos y las tres negaciones en el patio del sumo sacerdote.

El Pedro que decía que, aunque todos abandonaran a Jesús, él no lo abandonaría, es el Pedro que no es capaz de velar una hora con Jesús (cf. Mc 14, 37-38). El Pedro que prometió ir a hasta la muerte por Jesús, fue el Pedro que negó a Jesús tres veces (cf. Mc 14, 66-72). En la hora de la tribulación, de la prueba, de la cruz, todas las máscaras caen. ¡No soy el salvador del mundo! ¡Soy frágil, débil, cobarde y pecador!

Podríamos pensar que el descubrimiento de esta terrible verdad no podría llevarnos a otra parte sino a la desesperación. Sin embargo, este es el terreno adecuado para que la cruz de Cristo eche raíces y florezca pascualmente. De hecho, el evangelista Lucas nos dice que después de que Pedro tocó fondo, “en el mismo momento, mientras aún hablaba, cantó un gallo. Volviéndose el Señor, fijó sus ojos en Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, cuando le dijo: ‘Hoy, antes que cante el gallo, me negarás tres veces’. Y cuando salió, lloró amargamente” (Lc 22, 60-62).



El canto del gallo no bastó para despertar a Pedro. De nada sirve la denuncia fría y acusatoria del pecado, sino para conducir a la desesperación que caracteriza el sentimiento de culpa. Pedro descubrió su verdad, su pecado, a la luz de la mirada misericordiosa de Jesús y esto marcó la diferencia. Verdaderamente, la mirada misericordiosa de Jesús es profética, sanadora de heridas y creadora de futuro. “¿Cómo es la mirada de Jesús? Su mirada es profética y poética [creadora]. [...] no mira con fingida condescendencia a quienes pretenden ignorar nuestras heridas, nuestra existencia, pero saben acogerlas y trabajar con ellas; vasija rota que vuelve al torno del alfarero. Entonces le entregamos con confianza lo que tenemos. ¡No ocultes tus debilidades, construye sobre ellas! Lo peor que tienes podría ser lo mejor que tienes. A partir de tus heridas puedes convertirte en sanador de las heridas de los demás” (Ronchi).

En ese intercambio de miradas entre Jesús y Pedro, el Apóstol pudo pensar lo siguiente: “Él muere por mí, que soy gusano y cobarde (¡esta es la verdad!); yo quería ser quien sabe lo que es, y ahora Él muere por un pobre hombre

como yo, reducido a no saber quién soy. Me derrotaste Señor, eres mejor que yo; creí que lo lograría, que haría algo por ti, pero me desconcertaste con tu bondad, vas a morir por mí, algo de lo que me avergüenzo” (Carlo María Martini).

Es en este momento que Pedro llega donde toda vida cristiana debe comenzar: aceptar el amor primero y gratuito de Jesús por mí. Solo en este momento es que Pedro se deja verdaderamente amar y acepta la salvación ofrecida por Jesús. “¿Dónde está la salvación? Cuando lo traiciono, Él me perdona y me ama, y de nuevo me convierte. De su llaga abierta no sale ira ni rencor, sino que es una herida de la que sale sangre y agua (Juan 19:34). Sangre que es amor; agua que es inocencia” (Ronchi).

¡Qué difícil es dejarse amar! ¡Qué difícil es dejarse amar sin ningún mérito! ¡Qué difícil es aceptar que Jesús me ame! Fue por mí, por mis pecados, porque él me ama y me quiere bien, que Jesús fue a la cruz.

- **¿He aceptado ya este amor misericordioso de Jesús en mi vida?**
- **¿Será que mi autosuficiencia y mi orgullo están haciendo inútil la gracia de Dios?**
- **¿Considero los momentos de pecado y de reconciliación como momentos (trans)formativos?**

¡Un amor, para ser verdadero, no requiere ser perfecto!

Sin embargo, el camino de Pedro no termina aquí, por el contrario, aquí es donde (re)comienza, porque “toda la ley es precedida por un “eres amado”, y seguida por un “tú amarás” (Paul Beauchamp). Prueba de esta verdad es el diálogo entre Jesús y Pedro en el lago Tiberíades, después de la resurrección (Juan 21, 15-19). Si Pedro negó tres veces a Jesús, en la noche de su pasión, tres veces, en la aurora esperanzadora de la resurrección, profesa su amor frágil pero verdadero. Es maravilloso ver la evolución espiritual de Pedro: ¡de orgulloso y autosuficiente a humilde y sincero!

La pregunta de Jesús a Pedro es la pregunta del amor. “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Jesús no usa cualquier término para cuestionar a

Pedro. Jesús emplea el verbo *agapâs* me, es decir, Jesús le pregunta a Pedro si lo ama con un amor divino y profundo. Pedro respondió a esta pregunta de la siguiente manera: “Sí, Señor, tú sabes que soy verdaderamente tu amigo”, es decir, Pedro responde con un amor de simple amistad (*filô se*).

Esta diferencia de verbos demuestra que Pedro ya se conoce bien y que dejó de ser orgulloso. No tenemos aquí la respuesta soberbia que Pedro le dio a Jesús en la última cena. La respuesta de Pedro demuestra su conciencia de debilidad y de fracaso, pero también su voluntad, en su debilidad, de amar a Jesús hasta el final. ¿Estará Jesús contento con el amor de simple amistad de Pedro? Sí, está contento.

De hecho, en la tercera pregunta Jesús ya no utiliza el verbo de amor divino y profundo, sino el verbo de amistad. Como nos recuerda el Papa Francisco, “el hecho de que el amor sea imperfecto no significa que sea falso o que no sea real. Es real, pero limitado y terreno” (La Alegría del Amor, 113). “No es la perfección lo que Él busca en mí, sino la autenticidad. No me voy a agotar para ser perfecto, sino para ser verdadero y no hipócrita, eso sí” (Ronchi).



Es a este Pedro débil a quien Jesús confía su rebaño y le invita a seguirle. Para Dios, más importante que el pasado es el futuro. “El posible bien de mañana cuenta más que el mal de ayer. [...] Ve, sal de tu pasado, busca lo nuevo [...] lo bueno es posible y el mañana cuenta más que lo malo de hoy. A Él nunca le interesa el pasado, porque él es el Dios del futuro” (Ronchi).

¡Señor, tú me dices que fue por mí que fuiste hasta la cruz! Hoy te digo que es por Ti que vuelvo a echar las redes. Hoy, sostenido por Tu amor revelado en la cruz, comienzo de nuevo, porque “¡vivir es esta paciencia infinita de volver a empezar!” (Ronchi). ¡Contigo soy lo que nunca sería! De hecho, “tú eres para mí lo que la primavera es para las flores, lo que el viento es para una cometa. Viniste e hiciste brillar la vida. Es imposible amarte y no intentar asemejarse a ti, transformado en ti como una semilla en flor” (G. Centrore).

Contempla este diálogo entre Jesús y Pedro: “Jesús preguntó a Simón Pedro: ‘Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?’ Pedro respondió: ‘Sí, Señor, sabes que verdaderamente soy tu amigo’. Le dijo: “Apacienta mis corderos”. (Juan 21, 15) Y tú, ¿qué responderías?

Conclusión: “Sígueme”

Concluimos esta catequesis, no como quien llega a la meta, sino como quien emprende el camino. Después de la triple confesión de amor, Pedro no alcanzó la meta de su camino formativo, simplemente lo inició de nuevo y apenas empezó de nuevo volvió a tropezar.

Esto es lo que narra el Evangelio de San Juan: “Pedro se volvió y vio que lo seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: ‘Señor, ¿quién te va a entregar?’ Cuando Pedro lo vio, preguntó a Jesús: ‘Señor, ¿qué va a ser de este?’ Jesús le respondió: ‘Y si quiero que se quede hasta que yo regrese, ¿a ti qué te importa?’ ¡Tú, sígueme!’” (Juan 21, 20-22).

La formación es una tarea nunca terminada. De hecho, en el camino del seguimiento de Jesús Crucificado, somos una Iglesia siempre llamada a la renovación, una congregación siempre invitada a la reforma y religiosos siempre necesitados de conversión.

¡No nos desanimemos! ¡Sigamos a Jesús Crucificado y veremos nuestras vidas en un proceso de (trans)formación! ✝



**P. Nuno Filipe
Ventura Martins
C.P.
(MAPRAES)**

Nació en Santa Maria da Feira (Portugal), el 21 de diciembre de 1985. Hizo su primera profesión religiosa como pasionista en la antigua Provincia FAT el 17 de septiembre de 2006, y fue ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 2011.

Durante sus primeros años de ministerio sacerdotal fue director del Postulantado (2018-2021) y Director espiritual del Seminario Diocesano de Viana do Castelo (2014-2021).

Actualmente se encuentra en Roma cursando su doctorado en Teología Dogmática.



**“Aquí estoy,
envíame”**



**La Pasión
de Cristo:**

**nuestra fuente
de vida
y misión**

**48°
CAPÍTULO
GENERAL**